

LA PRESENTACIÓN [132] Y [268]

15ª Meditación – Cuaresma 2021 – (DÍA 22)

“Todo lo tenemos en Cristo, todo es Cristo. Si quieres curar tus heridas, Él es médico. Si estás ardiendo de fiebre, Él es manantial. Si estás oprimido por la iniquidad, Él es justicia. Si tienes necesidad de ayuda, Él es vigor. Si temes la muerte, Él es vida. Si deseas el cielo, Él es el camino. Si refugio de las tinieblas, Él es la luz. Si buscas manjar, Él es alimento”¹.
(San Ambrosio)

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

1º Preámbulo: La historia

[268] DE LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA Y REPRESENTACION DEL NIÑO JESU ESCRIBE SANT LUCAS (2, 22-39).

A los cuarenta días del nacimiento del Niño, según la ley, debía presentarse el primogénito para significar su pertenencia a Dios; y ser purificada la madre, que no podía ingresar al Templo hasta que el sacerdote la introdujera luego de pagar una ofrenda.

“Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor, como está escrito en la Ley del Señor: ‘Todo varón primogénito será consagrado al Señor’ y para ofrecer en sacrificio ‘un par de tórtolas o dos pichones’, conforme a lo que se dice en la Ley del Señor.

Y he aquí que había en Jerusalén un hombre llamado Simeón; este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel; y estaba en él el Espíritu Santo.

Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. Movido por el Espíritu, vino al Templo; y cuando los padres introdujeron al niño Jesús, para cumplir lo que la Ley prescribía sobre él, le tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:

«Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz; porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel.»

Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él.

Simeón les bendijo y dijo a María, su madre: «Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción, ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma! - a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones.»

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad avanzada; después de casarse había vivido siete años con su marido, y permaneció viuda hasta los

¹ SAN AMBROSIO, *Sobre la virginidad*, 16,99.

ochenta y cuatro años; no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día en ayunos y oraciones. Como se presentase en aquella misma hora, alababa a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén. Así que cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret”. (Lc 2, 22-39)

2° preámbulo (Composición de lugar):

Ver la ciudad santa rodeada de murallas y, elevándose con gran majestad, cubierto de planchas doradas, el imponente Templo de Jerusalén, el lugar escogido por Dios en todo el universo para su morada. Ver el templo, su disposición, sus atrios, sus puertas. El templo de Jerusalén fue preparatorio del nuevo y definitivo Templo: Jesucristo. Construido primero por Salomón, fue el santuario nacional y real de todo Israel, y después del cisma de Jeroboam, que escindió el antiguo reino en dos (reino de Judá y reino de Israel), sólo lo fue del reino de Judá. Fue reconstruido, tras los trabajos iniciales de Sesbazar, por Zorobabel entre los años 520 y 515 a. C. Fue rehecho por Herodes I el Grande –para congratularse con los judíos– entre 19 y 9 a. C., si bien las obras continuaron en sus últimos pormenores hasta el 64 d. C. Finalmente fue destruido en el año 70 d. C.

3° preámbulo (Petición):

[104] Será aquí demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.

“Señor, que me conozca y que te conozca” (San Agustín)

“...pues aunque me conozco por el más vil e inútil, también sé que suele Dios *viltiora et contemptibiliora eligere ut confundat fortiora*², para que tanto más luzca el poder de la divina mano, cuanto más vil es el instrumento de que se sirve”³. (P. Mascardi)

CUERPO DE LA CONTEMPLACIÓN

1- PRESENTACIÓN DEL NIÑO Y PURIFICACIÓN DE MARÍA

[268] 1° Primero: traen al Niño Jesús al templo, para que sea representado al Señor como primogénito, y offrescen por él (*un par de tórtolas o dos hijos de palomas*).

Los días previos a la Presentación

A los ocho días de nacer, como manda la ley mosaica, el Niño fue circuncidado (Lc 2,21). Allí, con lágrimas, vertió sus primeras gotas de sangre. Recibe por nombre “Jesús”, “Salvador”. Normalmente este rito se hacía en la casa del infante, pues la madre no podía ingresar al Templo hasta que no pasasen 40 días desde el nacimiento (cf. Lev 12, 2 ss). La Virgen no tocará ninguna cosa santa, ni irá al Santuario hasta ese momento, aunque acunaba

² Traducción: “elegir lo más vil y despreciable para confundir a lo más fuerte” (1Cor 1,27)

³ NICOLÁS MASCARDI, S.J., *Carta y Relación (1670)* en: GUILLERMO FURLONG, S.J., *Nicolás Mascardi, S.J. y su “Carta- Relación” (1670)*, Ed. Theoría, Buenos Aires, 1995², pp. 130-131.

en sus brazos al Santo de los Santos, y Ella misma era el Santuario que había albergado al Sumo y Eterno Sacerdote durante nueve meses.

Mientras tanto, San José, *varón justo y piadoso*, que había decidido con la Virgen cumplir con la ley, aunque no les compitiera, quizás haría algún trabajo allí en Belén, en su oficio de carpintero, para juntar el dinero necesario para el rescate del Niño, unos cinco siclos que debían pagarse para el Templo. Más tarde Jesús diría: *dad a Dios lo que es de Dios...* Y José daba a Dios lo que es de Dios, no las monedas, sino al mismo Dios Encarnado. Es cierto, Jesús iba a ser ofrecido en el Templo, pero ritual y exteriormente, pues Él mismo ya se había ofrecido interiormente desde su ingreso en este mundo (Heb 10, 9: *He aquí que vengo a hacer tu voluntad*).

El porqué de la Presentación

“Consagrarás a Yahveh todo lo que abre el seno materno. Todo primer nacido de tus ganados, si son machos, pertenecen también a Yahveh. Todo primer nacido del asno lo rescatarás con un cordero; y si no lo rescatas lo desnucará. Rescatarás también todo primogénito de entre tus hijos. Y cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: “¿Qué significa esto?”, le dirás: “Con mano fuerte nos sacó Yahveh de Egipto, de la casa de servidumbre.” Como Faraón se obstinó en no dejarnos salir, Yahveh mató a todos los primogénitos en el país de Egipto, desde el primogénito del hombre hasta el primogénito del ganado. Por eso sacrifico a Yahveh todo macho que abre el seno materno, y rescato todo primogénito de mis hijos. Esto será como señal en tu mano y como insignia entre tus ojos; porque con mano fuerte nos sacó Yahveh de Egipto”. (Ex 13,12-16)

Los levitas

“Pondrás luego a los levitas delante de Aarón y de sus hijos y los presentarás como ofrenda mecida a Yahveh. Así separarás a los levitas del resto de los israelitas para que me pertenezcan. Después comenzarán los levitas a servir en la Tienda del Encuentro. Los purificarás y los presentarás como ofrenda mecida, 16 porque son «donados», son donados a mí, de entre los israelitas, en lugar de todos los que abren el seno materno, de todos los primogénitos; los he tomado para mí de entre los demás israelitas 17 Porque míos son todos los primogénitos entre los israelitas, igual de hombres que de ganados: me los consagré el día que herí a todos los primogénitos en Egipto. Y tomé a los levitas para sustituir a todos los primogénitos de los israelitas. Yo cedo los levitas, como « donados », a Aarón y a sus hijos, de entre los israelitas, para que presten el servicio, en nombre de los israelitas, en la Tienda del Encuentro, y para expiar por los israelitas de manera que ningún israelita incurra en castigo por acercarse al Santuario”. (Num 8, 13-19).

Y así traen al Niño Jesús al Templo. Contemplemos las personas: La Virgen Santísima cubriendo a su Hijito bajo su velo, y San José llevando el par de tórtolas para el sacrificio de la purificación. Salen por primera vez después del santo nacimiento.

Toman a buen paso por el camino de Jerusalén, como todos los demás, pero llevando un tesoro escondido, y tantos divinos tesoros como se ocultan en el alma del Niño Dios. Entremos en Él con toda reverencia, y contemplemos su interior con devoción. Su espíritu oblativo, su corazón pequeñísimo, pero enteramente sacerdotal. Para este sacrificio en el que se “purificaría” su Santa Madre ofrecería dos pichones de paloma, la ofrenda de los pobres,

por no poder ofrecer un cordero en holocausto. Ya se ofrecería Él mismo, como el Cordero de Dios, para purificarnos a nosotros de nuestros pecados.

El pueblo judío había empleado todas sus generaciones y todos sus tesoros en preparar este templo para recibir al Mesías. Cuando llegase la hora esperada desde tantos siglos por todo el pueblo y vaticinada por los profetas, ¿quién podrá decir la gloria con que se verificaría esta entrada triunfal? ***Levantaos, puertas antiguas, va a entrar el Rey de la gloria!*** (Sal 23,7). ¡Qué momento para esas piedras contemplar al Rey de Reyes, a Cristo Sacerdote, haciendo su ingreso triunfal!

Pero a Jesús no le interesa la gloria exterior y el reconocimiento de los hombres, los caminos de Dios van por otro lado, por eso pasa casi desapercibido. Ese Niño y esa Madre, son uno más del montón, pero saben bien ellos que el mejor sacrificio es un corazón contrito y humillado, es la obediencia. Mientras tanto ***la Luz vino a los suyos, y los suyos no la recibieron*** (Jn 1, 11).

El acto ritual

Se efectuaba la ceremonia en la mañana, después de quemarse el incienso en el altar de los perfumes. San José toma la pobre ofrenda. La Virgen lleva al Niño. Atraviesan el patio de los gentiles y el de las mujeres, suben por las escalinatas semicirculares que da entrada al recinto de los hombres. Allí, en la grada superior, se hinca María con otras madres del pueblo, y entrega José a uno de los sacerdotes de turno las dos aves del sacrificio. Una era de expiación, torciéndole la cabeza hacia atrás, se le hacía una incisión y se rociaba el altar con la sangre y se asperjaba a la madre para ser purificada. La otra era en acción de gracias, se le rompía las alas y se arrojaba viva en las llamas de la hoguera. Luego el levita reza unas oraciones sobre la Virgen, que sigue humildemente de rodillas, como una pecadora que necesita perdón. La Purísima quiere ser purificada. Lo quiere porque sabe que es Madre de Dios, pero será también Madre nuestra, y al dar a luz también a los miembros, tan llenos de impurezas, como somos nosotros, se comprende que quiera purificarse.

Entonces poniéndose de pie, entrega la Virgen en manos de otro sacerdote a su Divino Hijo. Éste lo levanta en dirección al Tabernáculo ofreciéndolo al Altísimo, ya que por ser el primogénito le pertenece por derecho. Jesús aprovecharía para confirmar una vez más su firme disposición de hacer la Voluntad del Padre. Sabía que algún día sería alzado en una cruz, en dirección al cielo. José paga los cinco siclos que redimen a Jesús, y vuelve María a tomar en brazos al Niño, que la mira con misteriosa luz en los ojos.

En todo este ritual, pasó el Niño por tantas manos, y sin embargo nadie lo reconoció, los especialistas no lo advirtieron. Un sacerdote lo ofreció a Dios y no se dio cuenta, ***tienen ojos y no ven***; otro asperjó a la Santísima Virgen y no la reconoció como Santa Isabel, ***Bendita entre las mujeres***. ¡Torpes para las cosas de Dios! Cuántos tesoros pasan por nuestras manos sacerdotales, casi sin que nos demos cuenta; o cuántas veces estamos en el Santo Sacrificio de la Misa, sin saber lo que pasa.

2- EL ANCIANO SIMEÓN

[268] *Segundo: Simeón viniendo al templo (tomólo en sus brazos), diciendo: (Agora Señor, dexa a tu siervo en paz).*

En medio de tanta gente, sólo dos personas los reconocen: Simeón y Ana, el pequeño rebaño. Contemplemos al anciano Simeón: hombre justo, piadoso, temeroso de Dios, hombre de oración y comunicación íntima con Dios, en quien habita el Espíritu Santo, hombre de esperanza, alma purificada por el amor fervoroso y la práctica de las buenas obras, hombre envejecido en el ejercicio de las virtudes.

Se encuentra con la Sagrada Familia, y la Virgen, casi instintivamente permite que tome al Niño en sus brazos. Representa a la humanidad decrepita por el pecado, pero también a aquellos que por la fe y la esperanza están atentos a la llegada del Mesías. No se moriría sin ver al Mesías. **Muchos desearon ver lo que vosotros estáis viendo** (Mt 13,17). Moisés no llegó a ver la tierra prometida. Simeón vio mucho más, contempló con sus propios ojos y tuvo en sus brazos al Salvador Prometido.

Enseguida prorrumpió en acción de gracias a Dios: **Ahora Señor, según tu promesa...** Se enamora de Jesús, y ya no quiere sino morir cantando las alabanzas del Redentor. Dios llega siempre a tiempo, según sus designios.

Y les bendijo Simeón, y dijo a María, su Madre: **Y a Ti misma una espada te atravesará el alma.** Contemplemos la cara del anciano, cómo pasa de la alegría desbordante del *Nunc dimittis*, a una tristeza sombría y tempestuosa al profetizar los dolores del Corazón de María. Comprendió la Madre, que Dios más ama a aquellos a quienes da a beber su Cáliz, con quienes comparte la cruz y el misterio de la Redención. Contemplemos por un momento el instante en que la Virgen oye esas duras palabras en su Corazón, **duras son estas palabras**, pero las acepta, y más aún, las ama y las quiere. Quiere la espada que atravesará su alma, y en ese instante renueva también su oblación.

“La Virgen, como dice san Jerónimo, ya sabía por las Sagradas Escrituras los sufrimientos y penas que el divino Salvador había de soportar durante la vida y en su sagrada pasión y muerte. Bien conocía lo que habían dicho los profetas: que había de ser traicionado por un amigo: “Hasta mi íntimo amigo en el que yo confiaba, el que mi pan comía, levanta contra mí su calcañar” (Sal 40, 10); que había de ser abandonado por sus discípulos: “Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas” (Za 13, 7); conocía los desprecios, salivazos, bofetadas y burlas que había de sufrir de la chusma: “Ofrecí mi espalda a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba” (Is 50, 6); no ignoraba que había de acabar siendo la burla de los hombres, rechazado por la plebe más vil, siendo saciado de injurias y villanías: “Soy un gusano que no un hombre, vergüenza del vulgo y asco de la plebe” (Sal 21, 7); “Que sería saciado de oprobios” (Lm 3, 30); bien tenía presente que al final de su vida su carne sagrada debía ser lacerada y rota por los azotes: “El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas” (Is 53, 5), hasta el punto de quedar su cuerpo deformado como el de un leproso, todo lleno de llagas que dejaban los huesos al descubierto: “No tenía apariencia; le vimos, y no tenía aspecto que pudiésemos estimar” (Is 53, 2). “Puedo contar todos mis huesos” (Sal 21, 18); no le era desconocido que habían de atravesarle las manos y los pies y ser colocado entre los malhechores: “Y con los rebeldes fue contado” (Is 53, 12); y que, finalmente, había de morir en la cruz ejecutado para la salvación de los hombres: “En cuanto a aquél a quien traspasaron, harán lamentación por él” (Za 12, 10)

Claro que María sabía todo lo que su Hijo debía padecer, pero con la profecía de Simeón le fueron revelados, como dijo el Señor a santa Teresa, todas las circunstancias y detalles, tanto externos como internos, que habían de atormentar a su Jesús en la pasión. Y ella a todo dio su consentimiento; y con una entereza que pasmó a los ángeles aceptó la sentencia de muerte de su Hijo tan terrible y afrentosa (...) Dice san Buenaventura que la Santísima Virgen, de todo corazón hubiera querido para ella –de ser posible– las penas y el sacrificio de su Hijo; pero por obedecer a Dios, hizo el gran ofrecimiento de la vida de su amado Jesús por la salvación de la Humanidad, vencíendose con sumo dolor por la ternura del amor que le tenía”⁴. (San Alfonso María de Ligorio).

Comenta hermosamente Mons. Fulton Sheen:

“Desde el momento en que hubo escuchado aquellas palabras de Simeón, ya nunca más volvería a levantar las manitas del Niño sin ver en ellas una sobra de los clavos; toda puesta del sol sería para ella una imagen teñida en sangre de la pasión de su Hijo. Simeón retiró la vaina que ocultaba el futuro a los ojos humanos e hizo que la acerada hoja del dolor del mundo brillara ante los ojos de María. Cada pulsación que advirtiera en las diminutas muñecas de su hijito sería para ella como el eco de un martillazo inminente. Si Él estaba siendo dedicado para la salvación mediante el sufrimiento, lo mismo cabía decir de ella. No bien acababa de ser botada al mar del mundo aquella joven vida, cuando ya Simeón, viejo marinero, hablaba de naufragios. Todavía ninguna copa de amargura procedente del Padre había rozado los labios del Niño, cuando una espada era mostrada ya a su Madre (...) Él había de ser el Varón de Dolores, ella sería Madre de Dolores. Una Madona sin sufrimientos, junto a un Cristo sufriente, sería una Madona sin amor”⁵. (Fulton Sheen)

3- LA PROFETIZA ANA

[268] *Tercero: Anna (veniendo después confesaba al Señor y hablaba del a todos los que esperaban la redención de Israel).*

No se cuenta las profecías que Ana dijo de Jesús, pero sabemos que hablaba de Él a todos, que ayunaba y alababa a Dios. Y no se apartaba del Templo.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio:

“He aquí que vengo Señor a hacer tu voluntad” (Heb 10,7)

Ave María Purísima, sin pecado concebida.

⁴ SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Las glorias de María*.

⁵ FULTON SHEEN, *Vida de Cristo*, Barcelona, 1968, p 41.